

tad" abordada siempre, el albur que se juega sin término.

Con este mágico arte, la profesión se torna fantasía, mecanismos de relojería abren la puerta al sueño, los polvos del alquimista nos escancian la ilusión y los mil encantamientos de la magia nos transportan siempre lejos. "Es el dominio de Ariel y de Vaucanson", dijo admirablemente Roland Manuel; pero yo preferiría decir: es Ariel en Vaucanson. El gran misterio de Ravel es ese disfraz de ilusión, esa gracia ligera y ese corazón —se puede, se debe escribir en este fúnebre día la cruel frase—, ese corazón invisible y presente. Tal era también el hombre. Nada de *cruces*, nada de Instituto, nada de contratos para el cine, ni de banquetes en la ciudad, ni de vida parisiense, ni de lujo. Los concurrentes a cierto concierto de la Opera, vieron una noche este espectáculo inolvidable: Toscanini acababa de dirigir el "Bohemo"; una tempestad de aclamaciones se desencadenó sin término en la inmensa sala, los gritos entusiastas reclamaban al autor: Ravel, sonriente, platicaba como de costumbre entre la multitud; no tenía ningún inconveniente en colocarse a su nivel, y no parecía darse cuenta de la formidable ovación que se le tributaba. Esa noche, pienso yo, todo el mundo supo por qué ese hombre era tan grande. Me parece que ahora la muerte le dará su verdadera estatura. Ese gran inventor de sonoridades resolvió, como nadie, el difícil problema del corazón y la profesión de la fantasía y de lo humano. Quizá se encuentre un símbolo en este título: "El niño y los sortilegios", porque él tuvo, sin duda, la magia y el espíritu de la infancia. Por cuanto a mí, vería su testamento en ese magnífico "Concierto para la Mano Izquierda", que llega a hacernos olvidar el prodigio de la técnica, de tanta como tiene, y que quizá más que cualquiera otra de sus obras, nos encubre una humanidad a pesar suyo estremecida. A tal grado la perfección del *métier* nos hace "cambiar de orden", en el sentido pascaliano de la frase: Maurice Ravel decididamente me parece como un Vermeer de la Música.

De *Les Nouvelles Littéraires*.—París.

Un discurso del Presidente

Benes a los estudiantes

M. Benes, Presidente de la República Checoslovaca, pronunció, el 15 de enero último, un importante discurso político destinado a los estudiantes checoslovacos, a quienes estuvo a visitar en la misma Universidad. Después de haber tratado cuestiones puramente estudiantiles, el Presidente Benes quiso hablar a los estudiantes de los problemas de la política y el Estado en los años de la postguerra.

En seguida de haber constatado que la época actual es "una formidable escuela de vida" y que no había que "creer en las catástrofes", sino conservar siempre la serenidad, el equilibrio y "nunca desviarse de la ruta", el Presidente Benes declaró:

"Lo que hoy ocurre en el mundo es característico de todos los períodos revolucionarios. En tales épocas, el político y el estadista deben no perder su ecuanimidad y estar siempre por encima de todas las tormentas. Deben preocuparse ciertamente aun por los menudos hechos cotidianos, pero conservando una ancha y profunda visión de los acontecimientos. El político no consciente de esta necesidad, en los grandes acontecimientos históricos será una caña azotada por el viento. Ni nuestro Estado ni nuestra nación quieren ser ese junco. Debemos, por el contrario, ser una roca de granito contra la que venga a chocar, sin grandes consecuencias, el oleaje de las tormentas del mundo. Un Estado viril, robusto, tranquilo y digno, he aquí nuestro primer deber nacional y político".

Después, hablando a los estudiantes directamente, el Presidente Benes les dijo:

"Tened bien despierta la crítica y la prudencia con respecto a todo aquello que, viniendo de la derecha o de la izquierda, se os presente, en medio del hondo trastorno del mundo actual, como una solución mesiánica de las dificultades de nuestra época. Guardaos de las admiraciones ciegas y sed prudentes en la apreciación y crítica de los hechos.

"Estad seguros de que todo lo que, aquí o allá, ha sido instaurado como un régimen nuevo, como un mundo nuevo, no puede ser transportado atolondradamente a otro país. En el dominio político y social, imitar es siempre una experiencia peligrosa".

El Presidente Benes, prosiguió de esta manera:

"Colocad de nuevo a nuestro país en el centro de la historia, atended a su situación geográfica y su evolución cultural, a su estructura social y comprenderéis entonces por qué somos hoy y seguiremos siendo una democracia.

"Nosotros estamos contra toda forma de lo que hoy se llama "totalitarismo", ya sea en el dominio social, económico o político. Nuestra democracia quiere ser digna y sentirse profundamente humana, razón por la cual la llamamos una democracia humanitaria.

"Os he prevenido ya contra la ciega admiración y también contra las apreciaciones atolondradas acerca de otros regímenes; pero yo quisiera también deciros otra gran verdad, enunciaros este principio: no es nuestro propósito demostrarles a los demás que deban hacer lo mismo que nosotros hacemos.

"No queremos imponer nuestras ideas a nadie; pero no permitiremos tampoco que sea el

extranjero quien nos dicte nuestro deber; no intervendremos en los asuntos de nuestros vecinos, pero tampoco permitiremos que el vecino se mezcle en los nuestros. Somos críticos de nosotros mismos, tanto como de los demás; pero al mismo tiempo tolerantes y decentes. Y consciente, viril y dignamente seguiremos la vía que nos hemos trazado por voluntad propia.

"Yo estimo que es ésta una de las rutas por las cuales Europa, en los tiempos futuros, podrá salir de la tensión y del caos, y unirse y armonizarse, porque las leyes de la evolución servirán de norma a la situación interior de cada Estado.

"Tengo fe en todo ello y aplico mis energías a esta tarea con todo mi empeño. A vosotros que constituís la joven generación, pido que marchéis con nosotros, con nuestro Gobierno, unidos dentro de este espíritu democrático. Creo que triunfaremos en esta grande obra: la obra de la paz y de la evolución tranquila de Europa".

El diario "České Slovo", al reproducir íntegramente este discurso, que además había sido ampliamente difundido por las estaciones de radio, añade estas palabras:

"Fueron los conceptos del Presidente Benes de una gran cordura y así como él lo sugiere, debemos marchar todos, en interés del Estado y de sus días por venir".

Central European Press.—Checoslovaquia.

Descartes y Claudio Bernard

Por NERIO ROJAS

ESTE año se ha cumplido el tercer centenario de la obra cumbre de René Descartes. Como es notorio, con el significativo título de *Discurso del método para guiar bien a la razón y buscar la verdad de las ciencias*, el gran filósofo la publicó en Leyden en 1637. Y apareció en su idioma "patrio", en francés, "lengua vulgar", y no en el latín de los doctos, porque esperaba "que quienes no se sirvan sino de su poca razón natural juzgarán mejor de mis opiniones que los que sólo crean en los libros antiguos". Tal actitud, acorde, por lo demás, con su posición intelectual más característica, implicó una beligerancia iconoclasta. Como todo espíritu creador, fue de hecho un revolucionario. Su famoso *Discurso* define el instrumento lógico con el cual construyó sus obras ulteriores. El año 1637 fue decisivo en su producción. Por eso uno de sus biógrafos lo ha fijado como límite separador de las dos épocas de su existencia. El no significó un simple dato de cronología, sino un acontecimiento de la historia. Marcó un período de su propia vida y gestó el desarrollo de la inteligencia moderna. En esa fuente pura y fecundante bebieron, a veces sin saberlo, su ansia de conocimiento tres siglos de ciencia y de filosofía.

Esto explica que su influencia se haya hecho notar también en medicina. Y es evidencia de ello el caso de Claudio Bernard, el gran fisiólogo. Es sabido que Descartes estudió mucho la fisiología, la psicología, los mecanismos del cuerpo humano y animal y efectuó numerosas investigaciones y experiencias sobre estos problemas. Creía en la medicina y admiraba sobre todo las posibilidades de su porvenir. En ella afirmó su confianza para hacer mejor al hombre y escribió palabras que anticiparon en tres siglos el optimismo de Metchnikof. En cambio, era un tanto pesimista respecto a los médicos y tenía para sí mismo ciertas normas terapéuticas naturales. Y así en 1650, ya mortalmente enfermo bajo el invierno de Estocolmo, discutía con sus médicos suecos y se negaba a la sangría, diciéndoles con intencionada ironía de escéptico: "Señores: economizad la sangre francesa".

En este aspecto del pensamiento de Descartes, lo esencial consiste en la influencia de su método. En nuestros días resulta ya secundario analizar con foco técnico sus ideas sobre tales o cuales funciones del organismo. Y hasta sería un poco ingenuo o pedantesco. Puede resultar de sentido pintoresco o de valor histórico glosar en la actualidad sus comprobaciones sobre la circulación de la sangre después de las de Harvey, o sus teorías sobre el movimiento y "los espíritus animales", o sus estudios sobre las pasiones, con los cuales postula la dirección de la psicofisiología, o sus opiniones sobre la fisiología del cerebro y en especial de la glándula pineal, entonces tan misteriosa, "glándulita situada cerca del centro de la substancia del cerebro, muy a la entrada de sus concavidades".

Entre la profusa paja de todo esto, la crítica actual podría apartar algunos pocos granos. Pero no es esa discriminación lo interesante ni lo que ahora intento destacar. Según es ya evidente en otros aspectos de la obra de Descartes, lo valioso ha sido su "método" más que sus conclusiones. Lo que le ha dado jerarquía inmortal ha sido, sobre todo, su posición de desconfianza para encontrar la verdad. La duda es lo primero ante ella. Pero es sólo una duda provisional, una especie de cuarentena de las ideas. Por ese camino se puede llegar a la evidencia de un conocimiento exacto. Ella es, pues, una actitud paradójicamente escéptica y creadora. Ella da las "reglas para la dirección del espíritu" al investigar la verdad. Hay pues, un "método" de trabajo. Pero si éste deriva de premisas filosóficas, implica a la vez una norma científica. La filosofía, como un índice rector, marca el camino de la ciencia. El metafísico es al mismo tiempo el sabio. De ahí la enorme trascendencia de Descartes para la ciencia moderna. Y ello esclarece su influencia científica en múltiples aspectos. De este filósofo deriva buena parte de la obra de Claudio Bernard. Hay un cabal paralelismo entre el "mé-